

Behuchet y el genovés Barbavera singlaron en la Esclusa á fin de evitar su desembarque.

Los franceses tenían doscientos dos buques con más de veinte mil hombres; diez y siete puertos normandos habían por sí solos facilitado ciento sesenta barcos. Pero el ex tesorero Behuchet, improvisado marino desde hacía dos años, hombrecillo ardiente y codicioso, había reclutado mal las tripulaciones. Contra aquella escuadra llevaba Eduardo III doscientos cincuenta buques, once mil arqueros y cuatro mil soldados. Los jefes franceses, que no podían ponerse de acuerdo, dejaron que su adversario tomara las mejores posiciones y quedaron amontonados en una especie de callejón sin salida, sin que de nada sirvieran los buenos consejos del genovés Barbavera; como éste no disponía más que de cuatro galeras, le dejaron que se fuera mar adentro sin escucharle. El rey de Inglaterra asistió personalmente á la batalla de 24 de junio, embarcado en un gran buque en que ondeaba la bandera con las armas de Francia y de Inglaterra, y en uno de cuyos palos se ostentaba una corona de oro que brillaba herida por los rayos del sol. El combate duró desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, y casi al final del mismo la llegada de una flota flamenca, improvisada en el momento en que se tuvo noticia de la acción, dió la victoria á los ingleses. Los vencedores perdieron diez mil hombres; pero por parte de los franceses el desastre fué inmenso, pues tuvieron veinte mil bajas entre muertos y prisioneros, y sólo pudieron escapar unos treinta buques. Quieret pereció en el combate y Behuchet cayó en poder de los ingleses después de haberse defendido valerosamente. Refiere una leyenda normanda que este último, en la noche de la batalla, respondió á los insultos del rey de Inglaterra con una bofetada; lo que sí es cierto es que fué atado á una polea y colgado de un mástil.

A Felipe VI no le quedaba más recurso que defender su reino por tierra. Sesenta mil flamencos se armaban para unirse á los ingleses, y el peligro que amenazaba al monarca francés parecía grande, pero de todo ello nada resultó al fin y al cabo. El sitio de Tournai, dirigido por Eduardo III, Artevelde y el duque de Brabante, fué por éstos levantado al cabo de dos meses. Eduardo propuso diversas formas de desafío á Felipe; pero no quería arriesgar en singular combate más que el reino de Francia, que no poseía, al paso que el monarca francés quería jugarse reino por reino. En aquel momento una santa mujer, la condesa de Hainaut, emparentada con los dos reyes, abandonó el claustro en que estaba recluida para negociar una tregua; Eduardo III no opuso resistencia á ello, en vista de que los franceses llevaban la mejor parte en la guerra de guerrillas que continuaba en las fronteras de Guiena, de que los escoceses acababan de sublevarse y de que los flamencos regresaban á sus hogares, en donde el trabajo les llamaba. Durante las negociaciones, Artevelde exigió que sus compatriotas fueran formalmente incluidos en el tratado. Por fin en 25 de septiembre firmóse en una capilla próxima á Esplechin una tregua por un año, que el congreso celebrado poco después en Arrás no pudo convertir en paz definitiva; pero hasta entonces, por lo menos, no había sufrido menoscabo la integridad del reino de Francia.

IV.—La sucesión de Bretaña (1)

Apenas firmada la primera tregua, estallaba en Bretaña otra guerra que desde un principio se confundió con la gran lucha franco-inglesa, extendiéndola y complicándola.

El duque de Bretaña, Juan III, al regresar de la guerra de Flandes, murió en Caén en 30 de abril de 1341, sin dejar hijos legítimos. De sus dos hermanos, Guido, el mayor, había fallecido seis años antes dejando una hija, Juana de Penthievre, la Coja, casada con Carlos de Blois, sobrino del rey de Francia; el otro era Juan de Bretaña, conde de Montfort-l'Amauri. La sobrina y el tío se disputaron la sucesión, sin que en esta lucha se contendiera por la capacidad de las mujeres para heredar, ni por el derecho de representación, pues una y otro eran admitidos por la costumbre de Bretaña; pero Juan de Montfort pretendía que, siendo el ducado de Bretaña feudo y pairía del reintó, la sucesión del mismo sólo podía regirse por las reglas del feudo dominante, es decir, por las de Francia, en donde no se admitían ni la capacidad de las mujeres ni la representación. En apoyo de su opinión citaba el ejemplo de otro ducado-pairía, la Borgoña (2), y aun el del pueblo de Dios y de sus costumbres, que eran de origen divino. La historia de Bretaña no ofrecía precedente alguno, y ni los obispos ni los barones de Bretaña pudieron resolver el problema; en esta obscuridad, cada uno de los pretendientes creyó con toda sinceridad en el valor de su derecho, y ambos se dirigieron al rey de Francia, no para hacerle juez en un litigio, sino para solicitar de él, cada uno por su lado, que recibiera su homenaje.

La herencia que se disputaba era toda la Bretaña y además el vizcondado de Limoges y varios señoríos de escasa importancia. La Bretaña (3) era en la antigua Francia un país aparte, con costumbres, lengua é historia propias; el suelo era áspero y pobre; la raza, valiente, piadosa y poética. El feudalismo bretón, muy numeroso, era aficionado al movimiento, á las aventuras y al saqueo, y tenía cualidades de lealtad y sencillez afectuosas. Se ha comparado Bretaña con Escocia, y efectivamente, los dos países se parecen bajo más de un concepto; la raza es la misma en ambos, y Bretaña, al igual que Escocia, está dividida en dos partes distintas: la Bretaña francesa, el país de los «galos», que comprendía las diócesis de Rennes, Nantes, Dol, Saint-Malo y una parte de Saint-Brieuc, y la Baja Bretaña, que se componía de las diócesis de Treguier, León, Cornuailles y Vannes y que hablaba la vieja lengua céltica, llevada en otro tiempo á la Armórica por los emigrados de la Gran Bretaña.

Juan de Montfort tuvo en favor suyo la Baja Bretaña bretona; en cambio la Bretaña francesa abrazó el parti-

(1) FUENTES.—D. Morice y D. Taillandier, *Memoires pour servir de preuves á l'histoire ecclesiastique et civile de Bretagne*, I, 1742. Véanse además las crónicas enumeradas al principio del capítulo.

OBRAS DE CONSULTA.—S. Luce, *La jeunesse de Bertrand Du Guesclin*, 1876. D. Plaine, *La Guerre de la succession de Bretagne*, 1886. De la Borderie, *Etudes historiques bretonnes*, 1888, y, sobre todo, *Histoire de Bretagne*, III, 1899.

(2) En 1272 á Hugo IV había sucedido, no la hija de su primogénito, premuerto, sino su tercer hijo Roberto.

(3) Véanse págs. 462 y 567 del tomo primero.



Biblioteca nacional de París. — *Crónicas de Froissart.*

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Batalla de la Esclusa

do de Carlos de Blois, príncipe francés, á quien iba á prestar su apoyo el rey de Francia.

En efecto, las preferencias de Felipe VI eran naturalmente para su sobrino Carlos de Blois; pero Juan de Montfort, para obligar á su señor feudal á recibir su homenaje, quiso ponerle en presencia del hecho realizado, así es que en cuanto se hubo dado sepultura á Juan III, dirigióse con su esposa Juana de Flandes á Nantes, «que es la llave y la ciudad soberana de Bretaña,» y allí convocó á los obispos, barones y consejeros de las buenas ciudades á una asamblea plena. Y como necesitaba dinero, mientras esperaba la reunión de aquella asamblea hizo una corta excursión á Limoges, en cuyo castillo Juan III, «señor de buen gobierno y de gran economía,» había escondido un tesoro, del cual se apoderó el de Montfort.

De regreso en Nantes, encontró allí gran número de ciudadanos, pero muy pocos barones y ningún obispo, lo cual puso á Juan y á la condesa su mujer «muy pensativos, maravillados y melancólicos.» Sin embargo, algunos poderosos señores, Hervé de León, Godofredo de Malestroit, Tanguí de Chastel, Enrique de Kaer, Ivo de Tresignidi y Alain de Kerlevenan, declaráronse desde entonces partidarios de los Montfort. Juan juntó algunas tropas pagándolas con el tesoro de Limoges, y partió á la conquista del ducado, esperando apoderarse de él «por la fuerza ó por el amor.» Tomó ó se hizo entregar diez y siete plazas importantes, tales como Rennes, Vannes, Aurai, Hennebont, Quimper, Brest, Saint-Brieuc y Dinán; desde mayo á julio de 1341 habíase apoderado, si no del ducado entero, por lo menos de todo el patrimonio ducal, haciéndose llamar entonces duque de Bretaña y «adoptando las plenas armas de Bretaña.» Después encaminóse á Inglaterra, acompañado de veinticinco caballeros.

Montfort encontró al rey en Windsor, en julio de 1341, y Eduardo III consultó con Roberto de Artois y con su consejo las proposiciones que aquél le presentaba; pero «el consejo no fué largo,» como dice Froissart, pues el rey «consideró y pensó que con ello se embellecería grandemente su guerra contra el rey de Francia y que no podría encontrar una entrada en el reino más hermosa y de mayor provecho que por Bretaña.» En su consecuencia, prometió su ayuda á Juan de Montfort, y aunque no puede afirmarse que éste prestara homenaje al rey de Inglaterra, lo cierto es que, cuando hubo regresado á Nantes colmado de soberbios presentes, recibió de Eduardo III, en 24 de septiembre, el condado de Richmond, al Noroeste de Inglaterra.

Faltábale á Montfort el concurso de casi todo el alto feudalismo bretón, pues le habían negado el homenaje los principales señores, Clissón, Quintín, Beaumanoir, Tournemine, Laval, Ancenis, Loheac, Kergolai, Rohán y Retz. Muchos se ausentaron, «marchándose unos á Granada y otros á ultramar ó á Prusia,» y la mayoría de ellos fueron á encontrar á Carlos de Blois.

Carlos de Blois es una de las personalidades curiosas de aquel siglo: sus partidarios le profesaban una fidelidad que parecía un culto. Era un santo, en efecto; en su infancia no había leído más que libros devotos y su padre decía de él: «No hace sino meditar sobre sus

libros y será menester que se los quite.» Sabía de memoria la Leyenda dorada y en su cautiverio escribirá la historia de San Ivo; su mujer dormía en una cama y él á su lado, sobre paja; llevaba un cilicio y se ponía piedras en los zapatos. Un día, en Quimper, su plegaria, según se cuenta, retardó la marea; otro, anduvo por el campo cubierto de nieve dos leguas, desde la Roche Derrién hasta Treguier, descalzo y en camisa, llevando la caja que contenía las reliquias de San Ivo, y el pueblo arrojó sus vestiduras á los pies del buen duque (1). Todo el clero bretón, especialmente los Hermanos Menores, abrazó su causa. Era, por otra parte, un caballero valeroso y un enemigo leal: «Mi adversario—parece que dijo—cree en la bondad de su derecho como yo en la del mío; defiende su causa y yo la mía. Además Juan de Montfort es de sangre bretona, y cualquier deshonor que se le infiriera me alcanzaría á mí mismo.»

Cuando los señores bretones que habían abrazado su partido le pusieron de manifiesto el estado del ducado, «quedóse muy pensativo» y dijo luego: «Ilustres señores, gracias

os doy por haber venido á mí y por haberme contado lo que me habéis referido. Iremos á ver al rey, mi señor, y le informaremos plenamente de ello, con lo cual estará bien enterado.» El rey dejó la resolución del asunto al tribunal de los pares, que celebraba sus sesiones en el Parlamento. Montfort, que había sido citado, compareció con más de trescientos jinetes, y al día siguiente de su llegada hubo sesión solemne en el palacio. El rey y los señores estaban «en una gran habitación muy adornada y cubierta de tapices, muy hermosa y muy rica.» Conde de Montfort, dijo el rey, maravillame en gran manera que os hayáis atrevido á apoderaros, por vuestra voluntad, del ducado de Bretaña, al cual no tenéis ningún derecho, porque hay alguien más próximo que vos, á quien queréis desheredar. Y para mejor esforzaros habéis ido al rey de Inglaterra, nuestro adversario, y lo habéis obtenido de él, prestándole fidelidad y homenaje, según nos han dicho.» El conde negó que hubiese prestado homenaje y quiso sostener su derecho, mas el rey le mandó callar y le ordenó que permaneciera quince días en París para esperar el fallo de los pares; pero aquella misma noche el de Montfort, disfrazado de ministril, salió de la ciudad y regresó á Nantes.

Los pares reunidos en Confláns instruyeron cuidadosamente el proceso: sucediéronse las acusaciones, las defensas y las réplicas, y se confió á dos obispos la misión de informarse acerca del derecho de sucesión en Bretaña. Montfort, á pesar de su ausencia, hizo intervenir á más de cien testigos que invocaron las costumbres de París, de Orleans, de Guines y de otros lugares, pero no de Bretaña. En 7 de septiembre de 1341 dictóse la sentencia de Confláns, que reconocía el derecho de Carlos de Blois de prestar el homenaje.



Sello del conde Blois

(1) S. Luce, *La jeunesse de Bertrand du Guesclin*, págs. 38-41.